

gos, sin ser conscientes, ellos mismos, de la verdadera dimensión de las cosas. El padre de Carreño milita en la guerrilla liberal de los Llanos Orientales, que se convertirá, luego de ser traicionada, en la guerrilla comunista —cuyo partido ya ha sido traicionado por los últimos gobiernos de la república liberal—, que lucha tanto contra conservadores como contra liberales. Por esto, cuando va a comunicarle a Carreño la muerte del señor Arenales, el único cuya actitud política está más allá de los partidos, éste le contesta secamente que entonces, ahora, sólo queda un liberal en la ciudad y Guillo, con determinación, se pone su boina roja y se dirige hacia el padre Betancur. Carreño, apartándose de todos, se enfrenta a la ciudad, a algo establecido; Guillo, por su parte, al tradicional enemigo: el cura y sus aliados. Son dos actitudes inconformes pero incompatibles por cuestiones de clase.

DIEGO CERÓN

¹ Alvaro Tirado Mejía, "Colombia: siglo y medio de bipartidismo", en Mario Arrubla y otros, *Colombia hoy*, 4a. edic., Bogotá, Siglo XXI de Colombia, 1979, pág. 102.

Garras

Golpes de ala

Luis Jaime Agudelo

Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Medellín, 1989, 301 págs.

Clara y Santiago son los protagonistas de *Golpes de ala*, novela de Luis Jaime Agudelo. Pertenecen a una familia de clase media con problemas económicos que no llegan a ser definitivamente graves y que, a pesar de las dificultades que se presentan, no logran romper la unidad familiar integrada por los dos hermanos y la madre. De la manera más sencilla, se podría decir que la novela trata de la primera salida de estos dos jóvenes al incierto mundo exterior.

Santiago, estudiante de derecho de la Universidad Nacional, tiene las

aficiones comunes de un común estudiante, que giran alrededor de las chicas, el cine de la Cinemateca Distrital, algunas lecturas literarias no incluidas en el programa académico, la rutina estudiantil, el amigo, la novia, la vida familiar. Clara es la mujer que se decidió por el trabajo de día y el estudio de noche. Su actitud consecuente y realista provoca ciertos roces ligeros con Santiago, pero sin consecuencias molestas que dañen la amistad de los dos.



Clara, como casi todas las secretarías, tiene un amor frustrado con un embrión de ejecutivo del cual se enamora cándidamente, y se ve envuelta en un embarazoso estado que desemboca sin remedio en el aborto. El autor material de los hechos, alegando un puesto repentino, una buena oportunidad que no espera y que, claro, de paso lo ayuda a librarse del compromiso, se lava las manos y la conciencia dejando, a cambio de su persona, un cheque para cobrar en efectivo por ventanilla. Mientras tanto Santiago, sin ninguna razón contundente que aclare al lector el rompimiento repentino de las relaciones con su novia, consigue un nuevo amor que, para no variar, es secretaria de día y estudiante de noche. Las razones que llevan a Soledad a tomar esta determinación son semejantes a las de Clara, sumándose a la mala fortuna la violencia machista de su hermano, ante la cual sus padres son impotentes. El hermano, un matón de cuadra, irrumpe violentamente en la relación de los enamorados, dejándolos en un estado físico lamentable y sin ninguna posibilidad de regreso de Soledad al hogar. Ante la situa-

ción, Santiago y su novia deciden irse a vivir juntos, para lo cual acuden a la ayuda de la madre de Santiago. Santiago ya ha sido concientizado y tiene un puesto de día y sabe que tiene que estudiar de noche.

La última escena es melodramática, sólo faltan los violines lacrimógenos. Clara, después del aborto, siente la necesidad de contar a su familia lo sucedido, cosa que coincide perfectamente con la deslucida llegada de Soledad y Santiago. En medio de esta situación, la madre está desconcertada. Por un lado, la debilidad y los repentinos mareos de Clara; por el otro, su hijo un poco desfigurado. Se acomodan en la sala, cuentan sus respectivas historias y determinaciones, y la madre, amorosamente y de manera muy pedagógica, les dice que éstos apenas son golpes de ala que da la vida, la vida que también tiene garras.

La trama de la novela se va desarrollando alrededor de las relaciones de los dos jóvenes con sus respectivos amores, haciendo a través de ellos reconocimiento del mundo, pero de la forma más obvia y repetida. Las escenas van sucediéndose sin retropecciones ni adelantos en el tiempo que brinden intriga o profundidad a la narración. Los personajes están hechos y empiezan a moverse prácticamente sin pasado. La ausencia del padre es un dato que simplemente se menciona. Ni la narración ni los personajes se ocupan del pasado, los hechos se desenvuelven en el tiempo continuo de la narración en tercera persona. Todo lo cual obliga a que se centre la atención del relato en las actitudes de los personajes frente a las situaciones que se les presentan y, en este punto, por falta de una caracterización de los personajes bien definida con respecto al mundo exterior, sus actitudes resultan demasiado inconsistentes y previstas. Así como no existe riqueza en las actitudes, no la hay tampoco en la conciencia de los personajes, porque el asunto tratado a lo largo de la novela es totalmente convencional y no problematiza, con ideas bien fundamentadas, el estado de las cosas.

Aquí cabe mencionar la muerte de Alberto, amigo de Santiago, atropellado, en el momento en que se disponía a transportarse a su residencia, por un bus de servicio público que,

subiéndose al andén por exceso de velocidad, le causa la muerte. El suceso es aprovechado por los estudiantes de la facultad de derecho de la Universidad Nacional, para organizar una marcha de protesta contra el gobierno, que termina en la consabida pedrea con su respectiva movilización militar que pone término a la iniciativa estudiantil.

A pesar de que el episodio es mucho más una estupidez que un acto político, no se muestra con un acento abiertamente negativo —no existe un tono irónico o satírico en la narración—. Ahora, si bien es cierto que esta clase de manifestaciones han ido perdiendo su sentido original de protesta social dentro del marco político de la izquierda, no se producen siempre de la forma tan ridícula como se observa en este libro. Falta mucha claridad de ideas a este respecto, así como estudio de la tradición universitaria y sus relaciones con el Estado, para que haya realmente una actitud crítica seria y coherente.

Por esta carencia viene a resultar de verdad penosa, debido a la decepción que producen las razones anteriores, la decisión de Santiago de trabajar de día y estudiar de noche.

Por otra parte, el lenguaje coloquial de la novela se ajusta demasiado al lenguaje de los modelos reales representados. Esto quiere decir que el lenguaje insípido y opaco del oficinista, el entusiasta, sentimental, idealista y superficial del estudiante y el cariñosamente hogareño del núcleo familiar, están a disposición en las páginas del libro, lo cual se puede destacar como ejercicio literario, en el sentido más simple e inmediato, de la imitación, pero no como algo elaborado que corresponda a la estructura de la novela o que sea un reflejo de la problematización del asunto tratado.

En fin, el autor de este libro quiere darles presencia en una novela a los problemas corrientes de una familia de clase media, y prácticamente las situaciones las traspasa al libro sin haber un verdadero trabajo de recreación de la realidad. Y es aquí, principalmente, donde se originan los problemas. En la elaboración de una

novela se necesita recreación y no un simple traspaso de la realidad. Por esto el lenguaje es demasiado directo y poco expresivo; por esto los personajes no cautivan cuestionando el ámbito que los rodea; por esto las ideas que se manejan no están bien planteadas. En fin, por esto, y a pesar del sentido negativo que tienen en la novela, a *Golpes de ala* le faltan garras.

DIEGO CERÓN

Versos de lince

Luis Carlos López
Germán Espinosa
Colección Clásicos Colombianos, Procultura,
Bogotá, 1989.

Luis Carlos López (1879-1950) pertenece, por caprichos de la cronología, a un grupo (variado e importante) de escritores de lengua española que pulen sus armas cuando la retórica modernista está viéndoseles color de hormiga. No se me escapa —como no creo que se le haya pasado *a posteriori* a Germán Espinosa— que el presente volumen es el número trece de la colección y que el pie de imprenta indica que el libro se terminó de imprimir el 28 de diciembre, Día de los Inocentes. (Mejor homenaje para el Tuerto, nones).

Ahora bien: cuando hablamos de retórica modernista solemos entender las princesas de Darío, los camélidos de Valencia, las garzas de Chocano. Esto es: caemos en el juego que inventamos para definir desde un solo campo una poética (cabe un *manierismo*). Cuando queremos encajonar a aquellos escritores que no son estrictamente modernistas, pero que tampoco engrosan las filas de una vanguardia que aún no ha soplado sus trompetas, entonces sacamos de la manga el rótulo de posmodernistas. Y, claro, no está mal como etiqueta. Pero ya el Divino Octavio, en *Los hijos del limo* (1974), señaló que

lo que viene después del modernismo no podría ser sino la guillotina vanguardista (que en algunos casos perdió filo antes de cortar palabras). ¿En qué quedamos, entonces?

La fórmula y la época

Como ya lo pudimos comprobar en su estudio introductorio a la antología de Guillermo Valencia (Clásicos Colombianos, núm 5), Germán Espinosa empuña la pluma como D'Artagnan el florete¹. Y no entra en vainas. Después de descartar dos motes (antimodernista y posmodernista), explica:

...yo preferiría clasificar a López dentro de un concepto prevanguardista o, como me lo dicta más mi descreimiento en las generaciones, dejarlo suelto de madrina, haciendo de las suyas en los confines —por demás libres— del vasto imperio de Rubén Darío. [pág. 34].

El caso de López es el de una dicotomía, así como el de otros poetas de esa época que se negaban a sacarle el jugo *pasivamente* al baúl expresivo que Rubén legó (que sí que no) a los peones del movimiento que le tocó en gracia encabezar. Si no fuera por la vecindad de la vanguardia, nuestros juicios sobre muchos poetas del período cambiarían sustancialmente. Está claro que *no* se puede desconocer a la vanguardia. Pero lo que sí podemos intentar es hacernos los locos respecto de las fuentes que rotaban entre los poetas de la primera década del siglo. (Creo que la crítica no se ha liberado todavía de esa idea de que

